

TIERRA DEL FUEGO

APUNTES GEOGRÁFICOS, ETNOLÓGICOS,
ESTADÍSTICOS É INDUSTRIALES

CONFERENCIA PÚBLICA

DADA EN EL

INSTITUTO GEOGRÁFICO ARGENTINO

El 27 de Julio de 1891.

POR EL INGENIERO

JULIO POPPER



BUENOS AIRES

LIBRERIA ERNST NOLTE

Cangallo 547

1891

Imp. Kidd y Cia. Limitada, San Martin 351.

TIERRA DEL FUEGO

Apuntes Geográficos, Etnológicos, Estadísticos é Industriales

POR EL INGENIERO

JULIO POPPER

Por circunstancias que se esplican facilmente, Tierra del Fuego no sugiere á primera vista, la impresión de un país atrayente. Los naufragios que se suceden á inmediaciones del Cabo de Hornos, el sombrío y agreste aspecto que presentan sus costas occidentales, la misma nomenclatura que distingue sus comarcas con títulos como: Isla Desolación, Bahía Inútil, Islas de las Furias, Cabo Decepción, Bahía No Entres, Cala Retírate, Bahía Huye, Puerto Hambre y otros por el estilo, verdadero vocabulario de insolencias geográficas, — producto bilioso de las noches de insomnio que la navegación del Cabo de Hornos proporciona á veces á los marinos — no contribuyen seguramente á disipar los tristes cuadros que evocan en la imaginación.

Un capricho cartográfico, pura economía de papel en la construcción de los mapas terrestres más en voga, en los que Tierra del Fuego dibujada en el extremo inferior, toca casi el borde de la carta, la hace aparentar cual si estuviera situada en los mares antárticos, en las cercanías del Polo Sud y suele traer á la mente la imagen de regiones congeladas, paisajes nivosos y perspectivas de montañas de hielo.

Pero el hecho es que la isla Tierra del Fuego, situada entre los 52° 40' y 55° de latitud, se halla más apartada del Polo Sud, que Stockolmo, Copenhague y Glasgow del Polo Norte. Se aproxima más á los trópicos, que Escocia, Dinamarca, Suecia y Noruega; de modo que no es su situación geográfica la que justifica su fría fama, como tampoco es la que explica el flamante apellido que lleva. Magallanes, su descubridor, la llamó Tierra de los Humos, debido á que los indios, al ver por vez primera un buque, hacían grandes fuegos en señal de alarma. El Rey Cárlos V. primero de España, fué quien la dió el nombre que hoy lleva, porque, donde hay humo, dijo con natural perspicacia, también debe haber fuego.

Con todo esto, Tierra del Fuego ni es país frío, ni cálido; ni es agreste, ni sombrío, ni desolado; es un país de clima insular, que según la parte de donde se contempla, se presenta ondulado, húmedo y cubierto de densos bosques; ó plano, sereno, seco, compuesto de pampas pastosas; ó bien escotado, imponente, formado por altas barrancas y montañas coronadas de eterna nieve.

La región del Norte se distingue tanto de la del Sud, la del Este de la del Oeste, como la pampa de Buenos Aires, del centro de Africa; como la Patagonia, de los Pirineos. La parte Nor-Este, situada entre el Estrecho de Magallanes y el Océano Atlántico, se compone de aluviones terciarios, llanuras y altiplanicies entrecortadas por hondas cañadas, cuya superficie se halla cubierta de pasto. Allí pastorean tropillas de guanacos y viven indios de elevada estatura, robustos y

de fuerte constitución física: — Es la Patagonia en pequeña escala, con su carencia absoluta de árboles, con toda la flora, con todos los fenómenos metereológicos que la distinguen. En la parte central, el terreno cambia de aspecto; la pampa se contrae repentinamente, las llanuras desaparecen por entre onduladas sierras en las que surgen agrupaciones de árboles; el paisaje asume el aspecto de un vasto parque, de un extenso bosque, intercalado por grandes avenidas cubiertas de alto y exuberante pasto y atravesadas por impetuosos ríos y cristalinos arroyos que brotan ruidosos en el silencio de las selvas.

Más abajo, á pocas leguas de distancia, hacia el Sud y el Oeste, hay grandiosas montañas que se elevan de las aguas del oceano; allí los gigantes de la cordillera envían su vanguardia á la isla de los Estados; los Andes retan al Oceano Atlántico; Vulcano y Neptuno se disputan el terreno; allí los elementos embravecidos se chocan y dan el excelso espectáculo de una lucha imponente, eterna. En medio del fragor de las rompientes, por entre las formidables columnas de blanca espuma que destrozan las playas, guerrean, no ya las montañas, sino sus desnudos esqueletos, en forma de altos obeliscos, imponentes campanarios y gigantescas pirámides de agujas truncadas, que erguidas y chorreando, proyectan sus caprichosas cúspides más allá de la región de las nieves perpetuas.

Más afuera, en medio de las agitadas olas, apartadas ya de las playas de que formaban parte, se ven aun enormes rocas solitarias, arrogantes vestigios de montañas desaparecidas, que adquieren formas fantásticas,

que aparecen cual colosales brazos, cual puños y mazas gigantescas, que amenazan á los elementos enfurecidos. En una de estas rocas, que vista de lejos se asemeja á un buque que navega á toda vela, y que se halla situada frente al cabo Buen Suceso, vimos desde á bordo del transporte nacional Ushuaia, una tribu de leones marinos, -- eran 400 por lo menos -- que seguros de que el hombre no puede franquear el recinto de las rompientes, contestaban al silbido del vapor, sin moverse del sitio, con un poderoso rugido que parecía carcajada de titanes.

Franqueando las rocas y montañas despegadas, las olas penetran hacia el interior, tomando la forma de profundas sondas, de largos y tortuosos canales que se internan á muchas leguas de distancia.

En medio de las calas, ensenadas y bahías que forman, en las faldas de los gigantes dioríticos y graníticos de la cordillera, se ven enormes glaciares, trozos de hielo de millones de metros cúbicos de volumen, que descenden lentamente por entre selvas siempre verdes, de hayas, mirtos y magnolias, mientras en sus carcomidas bases invadidas por las aguas, hay colosales bóvedas, espaciosas cuevas, del dominio absoluto de legiones de pingüines y cormorantes, de nutrias y delfines, de lobos y leones marinos.

Y á través de este grandioso espectáculo de la naturaleza, digno escenario de gigantes y tritones, vive, casi siempre á flote, en pequeñas canoas hechas de corteza de árbol, una raza de seres humanos, raquíuticos, enjutos, mal configurados, que mueven en tierra pesadamente sus inestéticas articulaciones, en contraste

sorprendente con los hombres que á pocas leguas de distancia habitan la misma isla.

Aquí es raro el día en que no llueve; allí rara la semana en que cae gota de agua. En la región Sud, es difícil hallar en sus exuberantes selvas un trozo de tierra plana de diez metros de extensión; en la del Norte abundan estensas llanuras cuya monotonía no interrumpe en largas distancias, un solo árbol ni un solo arbusto. Aquí ruge, silba el viento constante; allí reina el profundo silencio de los bosques; más allá retumba el eterno fragor de las rompientes; en la pampa una raza de gigantes dá caza al guanaco corriéndolo á pié; en las sondas y canales, una raza de enanos, disputa á las focas, los pescados, mariscos y huevos marinos que pululan entre las tupidas selvas de sargazo, y lejos, en el horizonte, frente al Cabo de Hornos, se ven flotillas de buques, que luchan contra las corrientes y las tempestades que se oponen á su marcha.

Es difícil, Señores, presentar en un cuadro reducido todo el aspecto de Tierra del Fuego, porque es el país de las grandes sorpresas; es la tierra en que la fauna polar, saluda á la de los trópicos; á donde el grito del pingüin antártico se confunde con el del loro ecuatorial; es el país de las variedades topográficas, que proporcionalmente tiene más vejetación que la república de Méjico, más paisajes y panoramas grandiosos, que la Suiza y la Noruega; que en una extensión no mayor del reino de Portugal ó de Grecia, reúne más contrastes de geografía física y de hidrografía, de meteorología y de etnografía, que todo el continente de Australia.

Son dos las poderosas causas que influyen en hacer aquella región, la más variada que en país tan reducido, fantasía humana puede imaginar.

La primera toma origen en los mares antárticos, á inmediaciones del Polo Sud, en forma de una poderosa corriente marina de 500 kilómetros de ancho, que viene con una temperatura de cuatro grados y se precipita contra las costas S. O. de Tierra del Fuego, con una celeridad media de 25 millas al día. Aquí encuentra el primer obstáculo á su acelerada marcha y rompe en dos grandiosos ramales de los que uno avanza hacia las costas de Chile tomando el nombre de Corriente Peruana, mientras el otro, titulado Corriente del Cabo de Hornos, vá á estrellarse en las costas de Africa en el Cabo de Buena Esperanza. Simultaneamente y paralelo con este caudal inmenso de aguas frías, viene otra corriente atmosférica que cargada de vapores choca contra los glaciares y los nevados picos del litoral del Pacífico, se condensa en nubes y descende en torrentes de lluvia sobre las pampas pastosas hacia las costas del Atlántico.

Allí, á pocas leguas de distancia de las del Pacífico, se producen fenómenos distintos, heterogéneos: una corriente no menos poderosa, pero tibia, que nace en los mares tropicales, la del Brasil, viene á bañar las costas Sud-Americanas y envía hacia Tierra del Fuego, una arteria que conserva la temperatura de diez centígrados.

Esta corriente cuya existencia tuve la satisfacción de constatar durante los viajes que desde 6 años sigo efectuando por aquellos mares, es aún desconocida en

la geografía de los océanos. La Corriente del Brasil, que según los mapas existentes se desvía hácia el Este al llegar á los 45° de latitud Sud, no deja tampoco de enviar un ramal á la costa de la Patagonia, que, con una celeridad media de 18 millas diarias, llega hasta las playas de Tierra del Fuego.

De estas circunstancias resultan los fenómenos meteorológicos que dan origen á la variada climatología é hidrografía de la isla: las corrientes tibias del Este, fomentan una columna de aire que asciende. Las del Oeste, enfriadas en las nevadas cimas del litoral del Pacífico, se precipitan hacia abajo para remplazarlas, barriendo en su acelerada marcha las llanuras orientales, dando origen á los fuertes vientos que azotan las pampas, impidiendo la selvicultura, y arrasando lo que no se halla firmemente arraigado en el suelo. He aquí, Señores, lo que explica los contrastes de fauna y flora, de climatología é hidrografía de la región.

La otra causa que determina su variado aspecto, se halla en su estructura geológica y orográfica: mientras la región del Atlántico, desde el Estrecho de Magallanes hasta las inmediaciones del de Le Maire, se halla formada por aluviones terciarios, de conglomerados de piedra, arcillas y arenas, de estratificaciones arcillosas y de fajas areniscas, la región del Pacífico, la continuación de los Andes, compuesta de rocas primarias de gneiss y granitos, de grauwakes y dioritas, á veces atrevesadas por poderosas vetas de blanco cuarzo, se halla invadida por las constantes lluvias, sujeta á la acción erosiva de voluminosos glaciares, de poderosas cascadas y cataratas, y de sinnúmero de impetuosos

ríos, riachos y arroyos. Aquí las fuerzas plutónicas han desnudado á las rocas de todo aluvi6n, las eternas rompientes han barrido hasta los resíduos arenosos que las arterias fluviales arrastran hacia el oceano y formado sinnúmero de bahías, calas y puertos espaciosos que se encuentran á cada paso. Del otro lado, en las costas atlánticas, las olas también ejercen su fuerza destructora, despedazan las playas, cortan montañas y dejan á veces barrancas á pico de más de trescientos pies de altura; pero las aguas no pueden penetrar los aluviones movedizos, porque lo que las rompientes destrozan en un punto, lo acumulan en el otro; los aluviones que arrancan á los promontorios, los depositan en las ensenadas, de modo que las mismas fuerzas que en el Pacífico engendran bahías y puertos, los destruyen en el Atlántico, arrasan toda sinuosidad que pudiera ofrecer abrigo á la mas pequeña embarcación.

De ahí resulta que los indios que habitan el litoral atlántico, no conozcan la vida en canoas, no tengan nociones de navegaci6n y se mantengan de la fauna y flora que les brinda la pampa; mientras en el litoral pacífico, donde la locomoci6n en tierra se halla obstruida á cada paso, vive una raza esencialmente marina, que depende exclusivamente de lo que se cría en las aguas del Oceano.

Al considerar los errores que aun hoy día se registran en la etnología universal, no estrañará de seguro la versi6n subsistente de la existencia de indios contrahechos, salvajes y antropófagos en Tierra del Fuego.

Es una tendencia inherente al espíritu humano, atribuir á regiones desconocidas las razas más legendarias. Los Jesuitas del siglo XVII designaron aquellos

parajes como habitados por seres humanos adornados por largas colas; los sabios del XIX colocan en Tierra del Fuego razas de antropófagos, y hasta Darwin, el ilustre naturalista, creyó encontrar en los indios fueguinos el eslabón que le faltaba en su célebre cadena de evolución. Pero el hecho es que los aborígenes de aquellos territorios, se diferencian tanto unos de otros, como en su conjunto, de todas estas versiones fantásticas.

La región se puede dividir en dos pequeñas y distintas zonas etnográficas: el archipiélago fueguino habitado por Alacalufes y Yakanas, indios mal configurados, cuya débil constitución física parece condenarlos á la desaparición, que viven en canoas, que se mantienen de la pesca y que solo frecuentan un muy insignificante trecho del territorio; y la isla Tierra del Fuego, que los aborígenes denominan Ona-sin, (país de hombres) habitada por los Onas, indios de aspecto viril, robustos, de fuerte constitución física, cuya elevada estatura recuerda la de los Tehuelches y cuyo rostro de pronunciadas y enérgicas facciones, al de los indios Norte-Americanos. Lejos de responder á las descripciones hechas por ciertos sabios de gabinete, esta raza representa al hombre primitivo en su más perfecta condición de evolución moral y física.

El antropólogo que hoy quiera conocer al hombre de la edad de piedra, el etnógrafo que á fines del siglo XIX desee observar la etnología prehistórica, el paleontólogo que quiera ver usar el sílex como arma, trompas marinas como vasos y homoplatos como palas, vaya á Tierra del Fuego y allí encontrará al hombre

primitivo viviendo, no en cavernas, sino á la intemperie; no ya deducciones empíricas, sino la vida prehistórica en su más patente realidad.

El aspecto, el carácter fisiológico y ciertas costumbres de esta raza excepcional, se halla descrito en el Boletín del Instituto, correspondiente al mes de Mayo de 1887. En aquella fecha no pude entablar con ellos relaciones amistosas, les atribuí poco desarrollo en sus facultades intelectuales. Desde entonces he podido cerciorarme que no solo son susceptibles de llegar al más alto grado de perfección, sino que se hallan dotados de elevados y nobles sentimientos humanitarios, que tienen raciocinio sensato, que son magnánimos hasta el punto de saber perdonar á sus enemigos, que, más aun, llevan el desden de la venganza, hasta compensar el mal con el bien, hasta convertirse en protectores de la raza que los persigue, conduciendo á naufragos varados en las playas, hacia los puntos donde pueden encontrar auxilio. Y estos indios fueguinos, que si fueran de raza europea serían ensalzados, simbolizados, no tienen aun nociones de religión, son vagas supersticiones las que reemplazan en ellos á la fé divina; no tienen aún las costumbres del hombre civilizado, pero no son los caníbales ni los salvajes de los modernos tratados de etnografía, sino hombres afectuosos que tienen un acentuado cariño hacia sus hijos, como los hijos hacia sus padres; que llevan largo luto por los difuntos, pintándose al efecto el rostro de negro. Lejos de ser los desaseados de las fábulas sociológicas, se lavan amenudo el cuerpo y el rostro, usando como tohalla un musgo amarillo, seco y suave, que pende en largas hi-

leras sobre las ramas del haya fueguina. ¡ Son ladrones ! exclaman los estancieros que comienzan á radicarse en la parte chilena de Tierra del Fuego; nos roban las ovejas, destruyen nuestros cercados ! Es bien cierto ; pero pongámonos por un momento en el caso del indio. Desde siglos remotos, el Ona dá caza á los escasos y ariscos guanacos de la isla, sin caballos, porque no los hay; sin perros adiestrados, porque la raza canina de la región, parecida al zorro, al *canis dingo* de Australia, solo les sirve de almohada, de calorífero ambulante. El Ona, armado de arco y flechas, espera á veces días enteros, oculto tras alguna mata, el paso de la res ansiada, que es propiedad común, que pertenece á toda la tribu; y ¡ ay ! si la flecha no mata, si se rompe, porque envuelve el trabajo de todo un día para fabricar otra. Mientras tanto las mujeres y los chicos se mantienen del tuco-tuco (*ctenomys*) pequeño roedor que pulula en Tierra del Fuego, su último recurso.

De repente, un suceso inesperado viene á perturbar su vida de cazadores nómadas; un enigma curioso, extraño, se presenta á su vista estupefacta. Hombres de raza desconocida aparecen en el litoral, desembarcan y ponen en sus terrenos, de una sola vez, tres, cuatro ó cinco mil ovejas, guanacos blancos, mansos, gordos. Es un espectáculo nuevo, inesperado. De una parte, dos mil indios sin comida, pero hambrientos; de la otra, cinco mil ovejas y solo tres ó cuatro hombres. ¿ Qué significa este singular fenómeno ? se preguntan los indios. En vano torturan sus facultades mentales para explicarse tan singular aparición; en vano consultan á los más ancianos, á las brujas; semejante cosa no

rezan sus tradiciones. ¿Serán mensajeros de alguna entidad misteriosa, algunos seres sobre-humanos que vienen por fin á compensar al indio de las penurias que nunca le faltan? Pero como ha de ser otra cosa! Como tres ó cuatro hombres extraños han de comer ellos solos cinco mil guanacos blancos! Esto es imposible! Son para nosotros! exclaman los indios. Y con un grito de júbilo se lanzan sobre las ovejas y se apoderan de algunas; un opíparo banquete ha de festejar suceso tan dichoso. Pero una tremenda detonación interrumpe el festín, aterradores silbidos llenan la atmósfera, aquí y allí cae mortalmente herido un hijo, un hermano. ¡Piedad! ¡Misericordia! gritan los indios aterrorizados; no pensábamos ofenderos! Pero gritan en vano; aquellos hombres ni los oyen ni los entienden. Exasperados, acuden á sus arcos y contestan con una lluvia de flechas al inesperado ataque. Pero el enemigo está lejos; en vano agotan sus aljabas, en vano se adelantan buscando cuerpo á cuerpo al adversario; es imposible; los proyectiles de plomo son inagotables, matan desde lejos. Diezmados, agotadas sus fuerzas y sus flechas, huyen, se esconden, necesitan de algún tiempo para darse cuenta exacta del singular suceso del que solo conciben la enorme, la tremenda injusticia de que han sido victimas en sus propios terrenos de caza; comprenden que la aparición del guanaco blanco en sus dominios, es la señal de una lucha cruel, eterna, de una lucha de exterminio. ¿Y acaso la injusticia está de parte del indio? Acaso no es deber de los Gobiernos inculcar en los aborígenes las nociones de propiedad ganadera, antes de permitir la introducción de la oveja en sus regiones?

¿Acaso no es deber de los gobernantes proveer al indio de medios de subsistencia antes de ocupar sus campos, antes de quitarles el guanaco, único cuadrúpedo que les proporciona vestido y alimento ?

La injusticia no está del lado de los indios, no, Señores. Los gobiernos ó no deben permitir la oveja en aquellos parajes, ó deben fomentarla en grande escala, en cantidad ampliamente suficiente para que de su procreación se puedan mantener también los indios sin perjudicar los intereses del hacendado ni los de la civilización indígena.

Un proyecto que contribuirá á realizar esta idea, se halla actualmente á la consideración del Honorable Congreso de la Nación, y por otra parte se dieron ya los pasos necesarios para reducir á la vida civilizada á los Onas, cuya existencia se halla amenazada.

Con lo expuesto, la lucha entre hacendado é indio es comprensible, aun tiene lógica; pero ¡que direis, Señores, de los atentados vergonzosos que allí se siguen cometiendo! Qué dirá la conciencia pública de las inícuas crueldades que allí se efectúan, no á nombre de la barbarie, sino bajo la enseña de la ciencia!

Hace cinco años desembarcó un explorador en la playa de la bahía San Sebastian, y comenzó su noble tarea atropellando mujeres y criaturas que condujo enseguida á Buenos Aires, heridos y sangrientos. Hace tres años un vapor embarca en la primera angostura del Estrecho de Magallanes, á un grupo de seres humanos remachados á pesadas cadenas, cual tigres de Bengala. Era toda una familia Ona que después fué exhibida en Europa en los jardines zoológicos ó de aclimatación. Hace pocos

meses, un grupo de hombres del que formaban parte los Sres. Willems y Rousson, individuos que necesitaban baqueano para recorrer las playas ya conocidas de Tierra del Fuego, asesinan ancianos indefensos, arrancan á las mujeres del lado de sus maridos y satisfacen sus bestiales instintos ¡oh sarcasmo! á nombre de la ciencia, mancillando vergonzosamente la misión que les confió el Ministro de Bellas Artes de una culta y elevada nación.

Hé aquí como el jefe de una de las tribus, el cacique Kaushal, se expresó sobre estos actos de barbarie; he aquí el resumen de sus palabras, tal como las interpretó un joven indio que habla castellano.

« Son buenas las noticias que nos habeis dado, y
« mucha alegría nos han causado las promesas que he-
« mos oido, dijo el cacique. Hostilizados y en continua
« lucha con los Onas salvajes que habitan el norte del
« rio—continuaba, mostrando en el rostro de sus compa-
« ñeros heridas de flechas, cicatrizadas ya,—deseamos
« vivir con vosotros en paz y amistad. ¿ Pero, porqué
« vuestros hermanos nos persiguen, asesinan á nuestros
« padres, nos roban las mujeres?... Hace pocos días
« pasó un grupo de hombres de vuestra raza: iban hacia
« Ash-paltn (Buen Suceso); los veíamos venir de lejos,
« muy lejos: llevaban esas armas terribles que dan
« muerte desde larga distancia, y nosotros, que jamás
« hemos hecho mal á ninguno de vuestros hermanos, nos
« retiramos, nos ocultamos para pasar desapercibidos,
« para no despertar su ira. Pero no todos veíamos
« venir á esos hombres de dudosas intenciones: un an-
« ciano, hombre querido y apreciado por toda la tribu,

« fué sorprendido en la playa. Indefenso, tratando
« de huir, fué muerto cruelmente, asesinado !!.... Los
« hombres y las mujeres que habeis visto ayer, el rostro
« cubierto de negro, sus hijos que lo lloran, no pueden
« ser amigos de la raza que asesinó á su padre !!..... »

El que así se expresaba, es cacique de una tribu de 300 indios, de los mismos que salvaron á náufragos, que se constituyeron espontaneamente en protectores de los que expedicionaban en sus costas. Estos indios no son los caníbales de los cuentos infantiles, no son las bestias humanas de las fábulas. Los que hoy día atacan la propiedad ajená en aquel territorio, no son los Onas, son los indios blancos, son los salvajes de las costas de Europa, de los mismos boulevares de las grandes metrópolis!

¡ Los antropófagos ? Buscadlos en las causas que determinan la disminuciónde la poblaciónde algunas capitales; nó en Tierra del Fuego, nó, Señores; buscadlos en los grandes centros de civilizaciónde europea. Y ante esos desheredados de la moral, el indio Ona, oriundo del suelo argentino, es noble y magnánimo, no por que no sabe fumar, ni tomar alcoholes, ni pervertir las leyes de la naturaleza, nó, Señores; es por que sabe perdonar, sabe compensar con hidalguía las crueldades de que ha sido inocente victima; es porque ante estos indios se puede exclamar con Carlos Vogt que « Más vale ser mono perfeccionado, que degenerado Adán ».

Cuando, hace ya más de cuatro años, tuve el honor de dar á conocer á los ilustrados socios del Instituto, el resultado de mi primera expedición, estaba lejos de sospechar que las cañadas y pampas de Tierra del

Fuego, hasta entonces escenario idílico de guanacos y de zorros, de perros y de tuco—tucos; en torno de cuyos ríos y lagunas pululan bandadas de abutardas, patos, perdices, teruterus, cisnes y flamencos; sobre cuyas barrancas se ciernen solitarios el halcon y el águila fueguinos, no suponía que llegara un momento en que el dominio absoluto del indio Ona, se convirtiera en recipiente de hombres arrojados de todos los países de Europa, en teatro del vandalismo de grupos de desertores, deportados y bandidos de todas las razas; que la región aurífera que he descubierto, se trasformara en campo de batalla, en palenque de guerrillas salvajes, que durante más de dos años se entablaron al rededor de lo que algún poeta desdeñoso, cual el zorro de la fábula respecto á las uvas, se complació en llamar: “vil metal.”

Como la California y la Australia, también Tierra del Fuego comienza sus anales con aventuras extraordinarias, aunque en proporción más pequeña, cuyo núcleo lo forma el oro puro y radiante; pero como en este país todo ha ser distinto á los demás, el oro no se presenta como en otras partes en minas ó vetas de cuarzo, ni en placeres ó depósitos de aluviones auríferos.

Daré una breve descripción de la extraña manera como el noble metal se presenta en aquel territorio.

En las regiones mineras, así lo afirman todos los tratados de mineralogía, las pepitas de oro son arrastradas por ríos y arroyos, que las arrancan de su cuna de cuarzo en las alturas de las montañas y las acarrear hacia las profundidades del Oceano. En Tierra del Fuego sucede lo contrario; allí el oro camina en senti-

do opuesto; allí son las olas las que arrancan el oro de las profundidades y lo empujan hacia la altura de la playa.

Cual Júpiter en la mitología, el rey de los metales hace su aparición en las playas fueguinas, en medio de un ruido atronador, espantoso. El oro soberano necesita del rugido de los enfurecidos elementos, de tempestades desencadenadas, para efectuar su brillante entrada en escena.

No crean, Señores, que se trata de una leyenda mitológica, ni de un cuento ó de una fábula fantástica; doy la simple descripción de un fenómeno que marcha en perfecta armonía con las leyes de la naturaleza.

A todo lo largo del litoral atlántico de Tierra del Fuego, hay extensos bancos sub-marinos, á veces de muchas millas de ancho, restos de montañas que desaparecieron en pasados periodos geológicos; son enormes depósitos de piedras, cascajo y arenas, constituidos por cuarzo y cuarcita, pórfidos graníticos y felsíticos, por diorita, serpentina, sienita, traquita y anfibolita, en los que abunda el óxido de hierro magnético, el hierro titánico, las piritas de hierro y en los que se hallan diseminados en pequeñas proporciones, granates y rubíes diminutos, escamitas de platino y pepitas de oro. Este oro, esparcido en la inmensa masa de los residuos minerales que lo envuelven, sería difícil de extraer de las profundidades en que se encuentra y estaría perdido para la humanidad, si las olas del oceano, si la naturaleza misma, no se encargara de ponerlo al alcance del hombre.

Cuando las aguas agitadas por los grandes tempo-

rales, se precipitan fosforescentes y blanqueadas por la espuma, hacia las playas; cuando las enormes olas cuya inapreciable magnitud se confunde en una masa indefinida de agua, espuma y nubes, cuando impelidas por la furia de los vientos, vienen con rapidez asombrosa á tocar fondo en los bancos del litoral, la masa movediza se estremece, las rompientes se apoderan de las piedras y arenas, las revuelven, crecen, aumentan, elevan altas sus empinadas melenas, y embistiendo furiosamente la costa, rompen con estrepitoso retumbo y proyectan á lo lejos sus espumosas aguas cargadas del detritus mineral. Para quien no presenci6 aún en una costa abierta, el espectáculo de la irrupción de los elementos desencadenados, será difícil concebir todo lo grandioso, todo lo imponente de semejante escena. Un ruido atronador, espantoso, entre-mezclado con sordos rugidos, hace vibrar una atm6sfera que parece impenetrable. ¡Guay de la nave, guay de las almas que en semejantes momentos luchan lejos del puerto, en medio de las olas! ¡Guay de lo que en las playas se opone al formidable choque de las rompientes! El litoral se conmueve; grandes trozos de barranca, de muchos cientos de pies de altura, se desprenden y arrastran en su caída violenta, cientos de miles de metros cúbicos de tierra. En la desnuda tosca de la playa, todo aluvión desaparece y colosales rocas de gneiss y de granito, á veces del peso de más de mil toneladas, son impelidas, cual si fueran juguetes infantiles, por las formidables olas.

Bajo el fragor de este himno imponente, Señores, Su Majestad aurífera desembarca en las playas de Tierra del Fuego.

Las piedras, el cascajo, las arenas, empujadas por las rompientes hacia las extremas alturas que pueden alcanzar, vuelven á ser arrastradas por la corriente que la misma masa de agua produce al retroceder, mientras las partículas metálicas, el oro, el platino y el fierro que contienen, caen por su mayor peso específico, penetran en las fisuras ó se adhieren á la blanda arcilla que forma la base de la alta playa.

Cuando se apacigua el furor de los elementos, se aclara el negro cielo y retroceden las aguas, la playa ha cambiado de aspecto; lo que en ella existía ha desaparecido, nuevas fajas compuestas de arena negra, se ven aglomeradas aquí y allí, conforme al capricho de las olas que las engendraron, y al examinar estas arenas, se ven brillar entre el fierro magnético que las constituyen, partículas de oro más ó menos abundantes, del tamaño de un grano de maíz hasta el de una escamita imperceptible, microscópica, cuya ley es de 850 á 900 fino.

Este oro es el que dió origen al establecimiento minero de la bahía de San Sebastián; este oro es el que, cual faro inmenso á infinidad de insectos, atrajo á Tierra del Fuego una legión de animales humanos de los más extraordinarios; el que dió lugar á incendios y naufragios; el que causó muertes y heridas, el que fomentó "meetings" públicos, levantó parapetos, produjo combates sangrientos sostenidos por gendarmes argentinos contra invasiones de foragidos de todas razas.

Me detengo un momento en la breve narración de estos trágicos sucesos, por que constituyen la primera página histórica en los anales de Tierra del Fuego.

Asciende á más de 600,000 gramos la cantidad de oro que fué extraída de las playas auríferas fueguinas; 175,000 figuran en los libros de la casa de Moneda de Buenos Aires, como fundidos en sus talleres; 90,000, en los de la casa Wehrhahn, de Punta Arenas, como remitidos directamente á Hamburgo, procedentes todos del Establecimiento del Páramo en la Bahía San Sebastian. Es un total de 265,000 gramos, más de un cuarto de tonelada de oro. Pero el resto, la mayor parte, no fué extraída legalmente conforme á lo que dicta el Código de Minería; no, Señores; fué sustraída, disputada con las armas en la mano, por los mencionados bandoleros, que venían por vía de Punta Arenas de Chile, animados por la actitud del entonces Gobernador de Tierra del Fuego, teniente de navío, Don Felix M. Paz.

Un distinguido explorador, el Sr. D. Ramón Lista, había vituperado mi descubrimiento, había declarado en un informe oficial que costó al gobierno de la Nación unos 50.000 pesos, que en Tierra del Fuego no había vestigios de oro, y en su consecuencia, no seguramente como compensación á este filosófico informe, sino probablemente por otros beneméritos servicios, fué nombrado gobernador del territorio de Santa Cruz. Pero el Sr. D. Felix M. Paz, por motivos bastante elocuentes, no hizo caso alguno á este informe, por el contrario, no solo creyó, sino que palpó, tocó la existencia del oro, y tanto es así, que mandó arrestar, dispersar, á los legítimos dueños del trabajo minero, apoderarse de sus bienes, y fué causa indirecta de un naufragio en el que perecieron ahogados once hombres, toda la tripu-

lación del lugre nacional "María Lopez"; y sobre la fuliginosa base de este lúgubre acontecimiento, del sordido cieno de la rapacidad, nació fúlgido y radiante un hermoso lingote de oro, que fué presentado por el gobernador del territorio, al entonces primer magistrado de la Nación, quien, si hubiera siquiera sospechado su origen, estoy seguro habría rechazado con indignación semejante regalo.

Bajo estas difíciles circunstancias creadas por el entonces gobernador del territorio y que fueron motivo de amplias publicaciones hechas hace ya año y medio en *El Diario* de esta capital y cuya veracidad fué sancionada por acción judicial; bajo estas circunstancias, repito, siempre en guardia, arma en mano, acompañado por un pequeño grupo de hombres adictos y decididos, exploré gran parte del interior del territorio. Luchando contra las tempestades del Cabo de Hornos, efectué en invierno, á bordo de la goleta chilena "Julieta," una exploración por las islas Sud-Este del archipiélago fueguino, y caminando por entre densos bosques y matorrales, por hondos pantanos y húmedos tembladerales, en los que era imposible penetrar á caballo, atravesé hace tres meses una región intransitable del territorio, viaje penoso en que, á más de adelantar á pie durante siete días de marcha, tuve que llevar conmigo un lazareto ambulante, por haberse declarado la viruela entre los cuatro hombres que me acompañaban.

He aquí, Señores, el resultado geográfico de mis exploraciones:

He fijado la embocadura de casi todos los ríos y arroyos y el curso de varias de las arterias fluviales de

Tierra del Fuego. Levanté la posición de todas estas sierras y la altura de varias montañas. Efectué un estudio hidrográfico del Puerto Español en la bahía Aguirre, y rectificué en el mapa gran parte de las costas fueguinas, registrando todas las calás y sinuosidades desconocidas aún en la Geografía. Dí el nombre de Mar Argentino á esta extensión marítima que baña el extremo austral de la República, desde el canal de Beagle hasta el estrecho de Le Maire y desde la isla de los Estados hasta el Cabo de Hornos.

A esta península, que puede decirse forma el extremo Sud del continente americano, la bauticé con el nombre del eminente repúblico, del popular hombre de estado, teniente general Bartolomé Mitre.

A esta cordillera, extremo antártico de los Andes, que forma el litoral Sud de Tierra del Fuego, la distinguí con el nombre de mi augusto soberano, el rey Carlos de Rumania, Presidente de la Sociedad Geográfica Rumana y á este sistema de grandiosas sierras que desde la frontera de Chile se estiende hasta el Mar Argentino reflejando sus altas y nevadas cimas en las cristalinas aguas del canal de Beagle, las designé con el nombre del digno presidente del Instituto Geográfico Argentino, del que, como de la Sociedad Geográfica antes mencionada, me honro de pertenecer como socio corresponsal.

Aquella sierra, totalmente cubierta por densos bosques, en que brotan gigantescas hayas siempre verdes, que alcanzan á veces la altura de cuarenta metros y el diámetro de un metro, sierra que forma el límite de la región andina, así como al río que baña sus bases, los

designé con el nombre de un ilustre hombre de estado y patriota argentino: Dr. Bernardo de Irigoyen, que cooperó con el Dr. Joaquin M. Cullen, quien dió impulso á la primera exploración del territorio.

A esta montaña granítica que atravesada por vetas de blanco cuarzo, se eleva á la altura de 2372 piés, en cuya base se cría el oro y yace la lignita y cuyas blancas cimas dominan toda la extensión del Mar Argentino, así como á este río, el más caudaloso de los del Sud del territorio, les dí el nombre de un distinguido abogado, honra del foro Argentino, Doctor Lucio Vicente Lopez, á cuyo valioso apoyo se debe mucho del actual adelanto de Tierra del Fuego.

Esta otra sierra y aquel río, llevan el nombre de un intrépido é ilustrado marino argentino, quien desde hace diez años navega por aquellas regiones; que acompañó la expedición de Bove, que hace ocho años disertó sobre Tierra del Fuego en los salones de este Instituto, y que hoy sigue prestando valiosos servicios á los pobladores de los territorios del Sud, como comandante del transporte nacional "Ushuaia." Es el teniente de fragata Juan M. Noguera, quien espontáneamente y con patriótico desinterés prestó inestimables servicios á la exploración del territorio. Con este motivo pido al Señor Presidente del Instituto, quiera elevar al Señor Ministro de Guerra y Marina, mi respetuoso agradecimiento por el apoyo que por intermedio de este digno oficial, he recibido en mis últimas exploraciones.

A este río cuyas impetuosas aguas se deslizan por entre verdes paisajes, y á este promontorio cubierto de exuberante vegetación, les dí el nombre de un emi-

nente periodista, honor de la prensa argentina, el de Manuel Lainez, cuyo órgano de publicidad, *El Diario*, ha levantado siempre su poderosa voz en pro del conocimiento y del adelanto de este territorio.

A estas dos sierras las titulé con los nombres de dos ilustres marinos: del Almirante Fitzroy y del Capitan King que dedicaron ocho años al concienzudo estudio hidrográfico de las costas de Patagonia en general y en particular de las de Tierra del Fuego, que fueron los primeros en delinear correctamente todas las costas del Sud y cuya modestia se refleja en no haber puesto sus nombres más que á dos insignificantes islotes de Tierra del Fuego.

Todas las demás calas, cabos y puntas, llevan, ya sea el nombre caraterístico del lugar, ya el de personas que contribuyeron directamente al adelanto de la región, nomenclatura que tengo el honor de someter á la aprobación del Honorable Instituto, así como la designación que debe darse al río grande que atraviesa el territorio.

En mi primera expedición al Norte de Tierra del Fuego, designé con los nombres de Alfa, Beta, y Gama, á tres arroyos que desembocan directamente en el Atlántico. En mis últimas exploraciones, he descubierto otros dieciocho que sigo designando, no ya Delta, Epsilon, etc., sino arroyos *D. E. F. G.*, etc, por creer esta nomenclatura más al alcance de la futura población del territorio.

Al dar á conocer el carácter topográfico del país, creo deber mío llamar la atención sobre ciertas publicaciones geográficas inexactas, que se hallan en circula-

ción. En muchos mapas se ve figurar en el canal de Beagle, un volcán Apaca; tal volcán no existe. En un plano publicado por un benemérito explorador, figura una gran cordillera situada en la costa del Atlántico. Esta colosal aglomeración de montañas, (perdóneme el interesado) no existe, es hija de la fecanda imaginación del Señor Don Ramón Lista, engendrada por un error óptico, á causa de haber visto desde las playas del Atlántico, la cordillera del litoral Pacífico. Tampoco existen las sierras que señala, y esceptuando los ríos ya conocidos antes de su exploración, es equivocada la posición de los que figuran en su mapa.

Ultimamente los dos sabios franceses, los mencionados señores Willems y Rousson recorren las playas de Tierra del Fuego, y exploran, nó el territorio, sino los cuadernos IV y V del *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* correspondientes al año 1887, hacen un extracto literal de la conferencia y una mala copia del plano que he publicado hace cuatro años y lo envían, como digno fruto de los 5000 francos que recibieron del gobierno francés, al Ministro de Instrucción Pública de Francia, quien lo trasmite solemnemente á la Sociedad geográfica de París, la que toma nota de ella, dando publicidad al estuendo fiambre en su sesión del 21 de Marzo del presente año.

Por lo visto la sociedad de *macaneurs** tiene tambien su asiento en Paris.

Tampoco existen los filones de cobre que menciona el Señor Lista en su importante informe oficial.

* *Macaneurs* palabra bonaerense derivada del modismo criollo *macana* que concreta algo como disparate, ignorancia presuntuosa y charlatanismo en una acepcion.

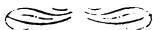
Los filones que descubrió toman su origen, no en Tierra del Fuego, sino en una zapatería de la calle de Corrientes en Buenos Aires. Es un raro fenómeno mineralógico, que tiene no obstante su fácil explicación. Hela aquí:

Al pasar por las playas de Tierra del Fuego, el Señor Lista se encontró con un empleado mío, buen mozo, excelente compañero, pero algo burlón. Una mañana, hallándose acampados juntos, éste llamó misteriosamente al Señor Lista y le participó un hallazgo cuya importancia, dijo, no sabía apreciar por carecer del caudal necesario de ciencia. Acto continuo, ambos salieron á la playa y regresaron luego cargados de grandes piedras en las que relumbraban estrías metálicas color de bronce.

—Supongo que es cobre, dijo mi empleado, aunque no me atrevo á afirmarlo.

—Sí, sí, indudablemente; exclamó el Señor Lista, quien con aire conocedor examinaba detenidamente las piedras; debe haber poderosas vetas en los alrededores.

Una hora antes de este interesante diálogo, hubiérase podido ver en la playa, abstraída en una ocupación extraña, la silueta de un hombre, que deteniéndose á cada paso, frotaba vigorosamente contra las piedras sus botas, en cuyos tacones chispeaban hileras de clavos de bronce. Al tener conocimiento de este hecho, no dejé de censurar severamente la irreverente conducta de mi empleado; pero ya era tarde; los filones de cobre surgidos de sus botas, figuraban ya en el importante informe del explorador, como riqueza minera fueguina.



SEGUNDA PARTE



Como la etnografía, también la fauna y la flora, la meteorología y la mineralogía, han sido en los últimos años objeto de amplios y detenidos estudios, cuyo resultado he de dar á conocer en una obra especial, descriptiva de Tierra del Fuego.

De las observaciones meteorológicas que hice anotar en el establecimiento del Páramo, á donde desde hace cuatro años se registra á cada hora el estado atmosférico, se desprenden las siguientes deducciones, que si bien son heterogéneamente distintas á las que rigen la parte Sud-Oeste, se pueden en cambio aplicar á toda la región Nor-Este de Tierra del Fuego.

La temperatura media general resulta ser de $+6.1^{\circ}$ centígrados, la máxima de $+28^{\circ}$ y la mínima de 15° bajo cero, aunque debo advertir, que solo en dos noches del mes de Junio de 1888, el frío llegó á este extremo, lo mismo que solo hubo en un día de Enero de 1890, los 28° de calor. La temperatura media de verano es de 10.3° y de invierno, de 1.3° sobre cero. El mes más frío es Julio, el más caluroso, Enero. Las heladas prolongadas comienzan generalmente á principios de Junio y cesan á fines de Agosto.

Hay sin embargo intervalos que duran á veces semanas, en los que los vientos del Norte mantienen constantemente, aun de noche, el termómetro arriba de 5°. La nieve es escasa, y aun en el mayor rigor del invierno, el pasto queda al descubierto. El campo, con muy escasas excepciones, conserva su aspecto verdoso.

La presión barométrica es de 752^{mm.}; hubo día en que la máxima alcanzó á 777^{mm.}; y otro día en que la mínima bajó á 718^{mm.}

El siguiente extracto de la publicación descriptiva que preparo, creo será de utilidad para los marinos que navegan en aquellas regiones, pues emite deducciones distintas, tanto á las del Almirante Fitzroy como á las del Capitan King, quienes por tener que cambiar frecuentemente de lugar en sus concienzudos y meritorios trabajos, no pudieron llegar á conclusiones precisas acerca de las indicaciones barométricas en la región aludida.

El barómetro alto precede, pero jamás acompaña, á los vientos húmedos del Norte, y baja á medida que se acentúan estos vientos, que toman fuerza gradualmente y que predominan en el invierno.

El barómetro bajo, precede á los vientos del Sud-Oeste que rigen nueve meses del año y que se presentan de repente secos, serenos é impetuosos, rara vez acompañados de escasa lluvia. Si presentándose estos vientos el barómetro se mantiene en equilibrio, duran tres días consecutivos; si mientras tanto la presión atmosférica baja, el viento asumirá fuerza de temporal; un ascenso de 3 ó 4^{mm.} en la tarde, denota calma para la noche; un aumento de 10^{mm.} ó más, es señal de defini-

tiva calma, pues con el barómetro arriba de 760^m. el viento jamás es fuerte de esta parte.

Exceptuando los meses de invierno, el viento S.-O. es el que rige casi constantemente; mientras los del E. al S.-E. rara vez se presentan, y tan solo dos veces en cuatro años, soplaron con alguna fuerza.

Contra lo que sucede en el litoral Pacífico hasta la isla de los Estados, á donde llueve, puede decirse, 300 días del año, en la Bahía de San Sebastián el término medio dá 300 horas de lluvia anuales.

A esto debe agregarse que el clima del país es altamente higiénico. De 540 obreros que, desde hace seis años hasta la fecha, he ocupado sucesivamente en mis exploraciones y en mis establecimientos, solo hubo, exceptuando los accidentes, dos defunciones por enfermedades que no habían sido adquiridas en el país, y jamás el número de enfermos ha excedido del dos por ciento, siendo por lo general víctimas de indisposiciones ligeras, de indigestiones producidas por el colosal apetito que engendra el viento S.-O.

Para las afecciones pulmonares el clima de San Sebastián es un verdadero sanatorio, y son ya tres los casos en que hombres atacados de tuberculosis han encontrado rápido alivio. Es sorprendente que hombres dedicados á las rudas tareas del minero, expuestos á la humedad, á la intemperie, á los vientos, no tengan más consecuencia que la de vigorizar, robustecer su constitución física.

Pasando de la meteorología á la fauna del país, se puede decir que es bien reducido el número de mamíferos terrestres. Un guanaco, un zorro, un perro, un

topo, un ratón y un murciélago, es todo lo que la constituye. En cambio, la ornitología y la fauna marina brindan el más vasto campo de investigación que espíritu de zoólogo podría imaginar. Allí abundan las ballenas y los delfines, los leones y lobos marinos, las focas y las nutrias. Los cabos y promontorios se hallan á veces ocultos tras formidables nubes de aves acuáticas; bandadas de pingüines y cormorantes, de albatracés y de gaviotas, de patos llamados á vapor y de abutardas antárticas, ocupan cada roca del litoral. Los colosales bancos que descubren las mareas, se hallan densamente cubiertos de mariscos comestibles, de varias clases, y en la exhuberante vegetación del gigantesco sargazo, cuyas ramas alcanzan una longitud de más de 120 metros, pululan los erizos y las sardinas, los sargos y maquereles, los pejerreyes y los bacalaos; se mueven sinnúmero de crustáceos, de cangrejos y camarones, de arañas y estrellas marinas; se mantienen infinidad de moluscos, caracoles, insectos y gusanos, muchos de ellos, de especies aun desconocidas en la zoología. Estas plantas, que crecen desde profundidades á veces mayores de cincuenta metros, cubren todas las rocas submarinas de la costa y constituyen un verdadero beneficio para la navegación, pues sirviendo de boya á los escollos, prestan seguridad á los buques que navegan de día á lo largo de las costas.

Al arrancar de los fondos submarinos algunas de estas plantas, teníamos que emplear casi toda la tripulación del buque para izar sobre cubierta el colosal peso que representan, hallando luego, con no poca sorpresa, que cada hoja sostenía cientos de caracolillos y miles

de coralinos, calculando el número de animales de todos tamaños, desde el de dos milímetros de diámetro, hasta el largo de cincuenta centímetros, en cerca de medio millón de habitantes por cada una de estas formidables plantas, que constituyen tupidas y extensas selvas que son teatro de una lucha constante, encarnizada, entre moluscos y crustáceos, estrellas marinas y coralinos; guerrilla eterna sostenida por pescados contra pingüines, gaviotas contra nutrias.

Este sargazo que tanto abunda en Tierra del Fuego, no deja de tener su aplicación industrial, pues contiene soda y yodo en cantidad suficiente para hacer remunerativa su extracción, y forma á la vez un excelente abono para la agricultura.

La flora terrestre también ofrece vasto campo para las investigaciones botánicas; aparte de la vegetación de interés científico y de la gramínea que cubre gran extensión de los terrenos del Norte, crecen profusamente como plantas medicinales, la malva, la zarzaparrilla y la coclearia; y como comestibles, el apio, varios hongos, un líquen y una gramínea oleaginosa, con la que los indígenas saben preparar una torta bastante nutritiva.

En la próxima primavera daré principio á un ensayo de plantación de la cotufa, para cuyo cultivo se halla el suelo perfectamente adaptado; y si, como espero, el resultado es satisfactorio, esta planta podrá ser la base de importantes industrias, tales como la extracción del alcohol y del azúcar.

En cuanto á ensayos agrícolas, solo se consiguieron resultados positivos del cultivo de todas las legum-

bres, de las frutillas ó fresas, y especialmente de las papas; pero es dudoso que el de los cereales dé algún resultado, pues los ensayos hechos hasta la fecha, han fracasado; los constantes vientos y especialmente las heladas que sobrevienen á veces en el mes de Enero, no los dejan llegar á la madurez, aunque la vegetación en general se halla vigorosamente fomentada en los largos días de verano, en los que el sol queda más de 17 horas sobre el horizonte, y en cuyas cortas noches, la claridad del crepúsculo vespertino se confunde insensiblemente con la del matutino. Los exuberantes bosques que cubren más de la tercera parte del territorio, se componen casi exclusivamente de dos clases de hayas: el *fagus antartica* y el *fagus betuloide* que dan excelentes maderas, tanto para edificación como para construcción de embarcaciones, muebles y objetos torneados y confección de barriles. La madera es blanca y de fibra corta y puede convertirse ventajosamente en pasta de papel, formando la base de importantes y prósperos establecimientos forestales.

La magnolia fueguina, *Drimys Winteri*, que solo crece en el litoral, ofrece otra interesantísima aplicación en la industria nacional. La corteza de este árbol es fuertemente cáustica, astringente, excesivamente rica en ácido tánico, y su sabor y fragancia recuerda los de la canela. Los indios no queman la madera, pues pretenden que su humo es nocivo, que daña la vista; los insectos y parásitos huyen de sus flores. Todas estas calidades me han inducido á aplicar dicha corteza á la curación de la sarna, experimentando la solución

de ella en un perro sarnoso, que con cuatro baños solamente, quedó curado de la parásita enfermedad.

Los efectos de esta corteza se experimentarán en breve en mayor escala sobre el ganado lanar, en la estancia de San Fermin del Dr. Bernardo de Irigoyen; y si, como es de presumir, se muestra eficaz, creo que no dejará de suprimir la considerable cantidad de sarnífugos que se importan del extranjero. Aprovecho la ocasión para declarar que me es grato poner á disposición de los Señores que por ello se interesen, muestras de esta singular corteza, que no dudo tenga su aplicación en la medicina, en la curtiembre ó en algun otro ramo de la química industrial.

De la interesante mineralogía fueguina, solo el oro, cuyos yacimientos descubrí en 1886, dió lugar á la explotación industrial. Su extracción se efectúa eficaz y exclusivamente, por medio de un aparato eléctrico y de amalgamación, máquina transportable que inventé en Tierra del Fuego y cuya patente de invención argentina, acaba de ser revalidada en todos los países mineros y adoptada provechosamente en varias minas del extranjero.

También existe la lignita en Tierra del Fuego, especialmente en la base del Monte Lucio López, en yacimientos cuya extensión pude seguir desde la playa del Mar Argentino, hasta dos leguas en el interior á lo largo del Río López; pero la calidad de las muestras que hasta la fecha pude extraer, unida á la falta de puertos, no me inducen á pronosticarle importancia comercial. En cambio, los ocres, la grafita en pequeña escala, y una piedra arenisca que se encuentra en grandes lámi-

nas adaptadas especialmente como piedras de afilar, ofrecen campo más vasto á la explotación.

Pero lo que más significancia tiene para el desarrollo del país, lo que dará mayor impulso á la población y á la industria en el territorio, es la ganadería, la oveja, para cuya cría el clima y la configuración de ciertas zonas, se hallan admirablemente adaptadas. Para dar una idea de la importancia de la industria lanar en aquellos parajes, ruego á los Señores Socios me acompañen con su atención en una rápida excursión hacia los países circunvecinos, hacia el territorio de Magallanes, colonizado por el gobierno de Chile, y las islas Malvinas, ocupadas por Inglaterra.

El aspecto general de estas islas es aún menos halagüeño que el de Tierra del Fuego, de que distan tan solo 300 millas. En cambio su capital, Puerto Stanley, que como puerto, por lo amplio y abrigado adquirió fama de ideal, impresiona agradablemente al viajero. El estilo de las casas recuerda con sus vestíbulos y pequeños jardines los *cottages* de Escocia, y muchas de ellas se hallan construidas con material traído de Inglaterra. Sus habitantes, emigrados en gran parte del norte del reino Británico, son hombres de robusto y viril aspecto, cuyo rostro tostado por los vientos y manos encallecidas por la labor, evocan la idea del trabajo y de la honradez, que ganan con ser conocidos. La vida social, tan reducida como lo puede ser en un pueblo que solo cuenta con 800 habitantes, no es del todo restringida. Puerto Stanley tiene tres Clubs, un gran salón para reuniones, una pequeña biblioteca pública y también dos periódicos que aparecen cada mes. Hay tres

iglesias y tres escuelas, dos hoteles y varias casas de comercio de las que la principal es la "Compañía Malvinera," que á la vez compone y provée los buques que á menudo entran averiados. En el puerto, que tiene un faro y cinco pequeños muelles, se ven fondeados una cantidad de buques sin palos ni armamento. Son vestigios de siniestros marítimos que ya no merecen los gastos que exige su reparacion.

El número total de habitantes de las islas es de 1,900 y su superficie de 720 leguas cuadradas. No hay minas ni arbusto en toda la extensión, y es el ganado lanar lo que constituye la única industria. Según los datos estadísticos más recientes, que corresponden al año 1890, hay once mil cabezas de ganado vacuno y yeguarizo, y 676,000 ovejas, que son el máximum que pueden soportar las islas. La exportación en dicho año alcanzó la suma de 102,460 libras esterlinas, por lana únicamente, sin contar el valor de las pieles y cueros, las 3,297 ovejas en pie exportadas al Estrecho de Magallanes y las 10,157 más, que, congeladas, fueron remitidas directamente á Inglaterra. A esto hay que añadir que la administración de las islas se sostiene con sus propios recursos, pues las rentas fiscales superan á los gastos.

Hecha esta pequeña excursión, llamaré la atención de los Sres. Socios del lado del Pacífico, hacia el territorio de Magallanes. Aquí el panorama es aún más variado que el de Tierra del Fuego Argentina. Altas montañas y prolongadas sierras cuyas faldas y bases se hallan profusamente cubiertas de exuberantes bosques. Tortuosos canales y amplias bahías en las que desembo-

can sinnúmero de ríos y se precipitan poderosas cataratas, amenizan la región. En las extensas praderas, el indio Tehuelche con su séquito de perros, dá caza, á caballo, al guanaco y al avestruz. En las márgenes de las cristalinas lagunas, se ve bajar al ciervo y al puma, y sus costas marítimas reúnen aún en mayor escala, toda la ornitología y toda la fauna marina de Tierra del Fuego.

La capital de este territorio es Punta Arenas, pueblo situado casi en el centro del Estrecho de Magallanes, en cuya rada fondean todos los vapores correos que se dirigen al Pacífico.

Es puerto libre, tiene faro, muelle, depósitos de carbon de Cardiff y varias casas importantes de comercio. Es residencia del gobernador del territorio y del Prefecto apostólico, Monseñor Fagnano, jefe de las misiones católicas establecida, en la región. El aspecto del pueblo, con sus casas construidas de madera, en las que abundan las ventanas y faltan las chimeneas, unido al verde tono del campo y de los cerros cubiertos de bosques, impresionaría más bien como pueblo situado en los trópicos, si la falta absoluta de árboles en el recinto urbano, la temperatura, los vientos y el cielo que no siempre sonrío, no se encargaran de hacer patente la latitud en que se encuentra.

Ya tuve ocasión de describir en *El Diario* de esta Capital, el aspecto y original carácter de este pueblo; pero debo agregar que recientemente ha sido sujeto á un cambio radical, sorprendente. En el periodo no mayor de un año, se ha triplicado el número de sus casas, y los despachos de bebidas, de los que existían

no menos de 65, han disminuido considerablemente. Reina el mayor orden en las calles que han sido regularizadas y niveladas, y cosa significativa, ya hay relojero en el pueblo. El comercio y la ganadería han aumentado y todo esto debido á las enérgicas y acertadas medidas de su actual gobernador. Pero con todo el impulso recibido en el último año, el número de habitantes del territorio no supera en mucho al de las Malvinas, no obstante tener un área once veces mayor que la de dichas islas, contando desde el golfo de Peñas hasta el Cabo de Hornos con 7.800 leguas cuadradas de superficie.

La exportación que consiste en lanas procedentes de las estancias que cubren el litoral Norte del Estrecho y que cuentan ya con 17.000 cabezas de ganado vacuno y yeguarizo y 270.000 de lanar; en oro, extraído en su mayor parte de los lavaderos de Tierra del Fuego; en maderas, de los varios aserraderos situados en las inmediaciones del pueblo y en pieles de guanaco y plumas de avestruz, que traen los indios Tehuelches, todo incluido, está en proporción infinitamente menor de lo que exportan las islas Malvinas, con la particularidad de que la administración del territorio de Magallanes, ha sido y sigue siendo para Chile, una fuente de constantes erogaciones.

Esta sorprendente anomalía económica entre un vasto y rico territorio que ocasiona pérdidas, y otro reducido y pobre, que dá beneficios, solo se explica por la circunstancia de que todos los ensayos de colonización oficial, hechos hasta la fecha en aquellas regiones, se han frustrado completamente, desde la tragedia de

Puerto Hambre, fundado por los Españoles y hoy desierto, hasta el motín de Punta Arenas colonizada con deportados chilenos, y la tentativa de colonización del Puerto Deseado, que costó al tesoro argentino la insignificante suma de 75.000 pesos oro por cada una de las cuatro familias que allí existen; porque mientras el gobierno de Chile enviaba al Estrecho soldados y penados, Inglaterra vendía al Sr. Lafone, al precio de 10.000 libras esterlinas, cien leguas de terreno, con todas las amplitudes y facultades de explotar los productos de las Islas; porque, mientras de un lado, soldados y convictos esperaban las raciones del gobierno, el Sr. Lafone, seguro de que nadie le enviara auxilios, se esforzó en valorizar sus terrenos introduciendo á su costo y riesgo, elementos de trabajo, dando origen á la "Compañía Malvinera", y por consiguiente á la completa población de las Islas.

La otra poderosa causa de esta anomalía, consiste en que en Magallanes el gobierno no vende terrenos, solo los arrienda en grandes extensiones por un período de veinte años, y que el arrendatario, convencido de tener que abandonarlos en un lapso de tiempo más ó menos grande, se considera transeunte, no trata de mejorar los campos y edifica casas de carácter provisorio, cuya resistencia solo calcula para el tiempo que debe durar su contrato; mientras en Malvinas, cada poblador, seguro de ser dueño del terreno cuando se le ocurra pagarlo, se esfuerza en mejorarlo, edifica y hace construcciones con la mira de dejarlas á sus hijos.

Con todo esto, la importancia que el gobierno de ambos paises, dá hoy aquellas apartadas colonias, se

refleja en los hombres á quienes confían su administración.

De un lado, Sir Roger Tuckfield Goldsworthy, comendador y caballero de varias órdenes británicas, quien tomó parte hasta el año 1857 en cuatro batallas en la India Oriental y que presencié después varias acciones de guerra que le valieron una medalla y dos menciones honoríficas; Inspector general de policía en Sierra Leone, desde el año 1868; fué en el 70 magistrado provincial en Lagos; el 73, jefe de Aduana en la Costa de Africa; en el mismo año, segundo comandante de las fuerzas al mando de Sir J. Glover; el 76, presidente de Nevis; el 77, secretario de la gobernación de Australia Occidental; el 81, administrador y secretario de la gobernación de Santa Lucía en la India; el 84, gobernador de Honduras Británicas en Centro América; y actualmente, gobernador y comandante en jefe de las Islas Malvinas.

Del otro, el general Samuel Valdivieso, que participó en tres campañas, presencié cuatro acciones de guerra que le valieron dos medallas y varias menciones honoríficas. Cuenta cuarenta y siete años de servicio activo. Era el tercero de los coroneles en el escalafon del ejército chileno. Fué edecan del presidente de la república. Después de la campaña del Perú ascendió á general de brigada. Hasta hace un mes gobernador de Magallanes y en estos dias ascendido á general de division por los meritorios y excepcionales servicios prestados en aquella gobernación.

Reasumiendo la historia de estos dos países, encontraremos que hace apenas veinte años representaban poco más de lo que hoy ofrece Tierra del Fuego Argentina, territorio cuyos campos pastoriles superan á los de Malvinas, y cuyas minas y bosques, igualan á los de Magallanes. Un solo inconveniente había: la falta de puertos en el litoral Atlántico; pero según lo he manifestado, este inconveniente se halla subsanado ya por el resultado de mis exploraciones, pues á más de existir en el Norte de la Bahía San Sebastián, un fondeadero para buques de gran calado, abrigado contra todos los vientos, la embocadura del río mayor del territorio, podrá ser transformada en puerto de cabotaje; mientras que en las calas que he descubierto en varios puntos del litoral, las pequeñas embarcaciones podrán atracar fácilmente.

La cala Irigoyen, situada en la terminación de la Sierra del mismo nombre, ofrece abrigo contra todos los vientos. Las otras calas se hallan también abrigadas aunque están expuestas á las marejadas del Este.

Desapareció, pues, la única causa que se oponía al desarrollo del territorio, y solo falta eliminar las pequeñas dificultades que se oponen á su población, para que la Estadística dé un resultado más satisfactorio del que hoy ofrece.

Según el presupuesto nacional, existen allí 25 familias, cuyo paradero no he podido averiguar hasta la fecha, mantenidas por el erario. La administración cuenta con un gobernador, un secretario, un capellán, un juez, un jefe de policía, dos comisarios, un agrónomo, dos carpinteros, un mecánico, dos escribientes, dos ordenanzas, dos sargentos, tres cabos y 50 gendarmes,

que, unidos á los 68 hombres de los dos buques de la gobernación, representan 162 personas mantenidas por el gobierno; mientras el territorio solo cuenta con dos pobladores radicados.

Estos dos pobladores se pueden dividir del modo siguiente: El reverendo Bridges, ex-misionero de Ushuaia, establecido con su distinguida familia en la isla Gable, canal de Beagle, donde mantiene unos 15 ó 20 peones indígenas de raza yakana; y el otro poblador, radicado con establecimientos mineros, en el Páramo, Bahía de San Sebastián, y en el Rio Lucio López, litoral del Mar Argentino, cuyo personal entre empleados y obreros se halla actualmente reducido al número de cuarenta, personal difícil de aumentar ó de renovar, por ser muy raras é indefinidas las ocasiones en que se ofrecen medios de transporte. También este mismo dió principio, á inmediaciones del Cabo Peñas, y en el Páramo, Norte de San Sebastian á dos colonias mixtas y destinadas á la reduccion de indios, trabajo por ahora interrumpido á causa del invierno.

De modo que, mientras en Malvinas y Magallanes hay para cada 200 habitantes un gendarme, en Tierra del Fuego hay 28 gendarmes por cada poblador, ó sea, contando también á los transeuntes, más de cuatro personas administrativas por cada individuo que existe en el territorio, aunque sea de paso.

Como industrias, solo hay la aurífera, que dió lugar en los últimos cuatro años á una exportación por valor aproximado de 400,000 pesos oro en lingotes, pepitas y polvo de oro.

El número de indios yakanas que frecuentan la

orilla argentina del canal de Beagle, no llega á 100; en tanto que el de los Onas, aborígenes del territorio, asciende, según presumo, á dos mil, habiendo ya conseguido entablar personalmente relaciones amistosas con unos 600 de estos.

La capital de la gobernación es Ushuaia, situada á inmediaciones de la frontera de Chile, en la hermosa bahía del mismo nombre y circundada por grandes y escotadas montañas cubiertas de eterna nieve, que hacen imposible la comunicación con el interior del territorio. Este punto fué elegido para residencia de la misión anglicana á consecuencia de las exploraciones del almirantazgo inglés y establecida con el humanitario propósito de reducir á los indios Yakanas á la vida civilizada. Pero si bien esta situación respondía perfectamente á la obra civilizadora del señor Bridges, ningún motivo explica su elección para capital de un territorio del que se encuentra incomunicada. Ushuaia, capital de la gobernación, es ni más ni menos como Isla de los Estados, capital de la República. Eso no obstante, exceptuando los ocho gendarmes que existen en un paraje despoblado situado á 12 kilómetros hácia el interior de la Bahía San Sebastián, es en Ushuaia, cuyo terreno no accesible jamás podrá soportar cinco familias con sus propios recursos, donde se halla concentrado todo el personal administrativo, toda la fuerza ejecutiva de la gobernación del territorio. Y en medio de estas poco sonrientes anomalías, se hallan, cual puntos luminosos entre las tinieblas, las dos sub-perfecturas, situadas una en el puerto San Juan y otra en la Bahía Buen Suceso, puertos de socorro que responden á fines

humanitarios dignos de los nobles sentimientos que distinguen á la nación Argentina.

Con todo esto, los pobladores de Malvinas y Magallanes se resisten á trasladar sus haciendas á este territorio, abrigando un temor injustificado hacia los hombres que gobiernan las regiones australes de la República. Pretenden que allí faltan la seguridad personal y las garantías de propiedad, é incurren en el grave error de creer que por ser extranjeros, sus derechos no serán respetados. Es porque aquellos pobladores ignoran que este país es el más hospitalario del orbe; que en toda la vasta extensión de la República, desde Jujuy hasta el Mar Argentino, desde el Atlántico hasta los Andes, el extranjero goza moral y materialmente, de los mismos privilegios, de las mismas franquicias que la más liberal de las Constituciones políticas acuerda y garante á sus nacionales. Es porque también ignoran que aquí como en otras partes, cualquier hombre inteligente y activo, prefiere ser vigilante en un pueblo, que comisario en un desierto; prefiere ser comisario de policía en una capital de provincia, que gobernador de un territorio despoblado.

Aun queda por considerar un punto importante para la geografía política del territorio. Tierra del Fuego Argentina cuenta con un área de 632 leguas cuadradas, de las que hay que deducir 14 que corresponden á la Isla de los Estados; es decir, que tiene una extensión menor que la de Malvinas, y suponiendo que se hallara en condiciones de soportar un número cinco veces mayor que dichas islas, lo que me permito dudar, el total de sus habitantes en el caso más favorable y en

un porvenir cuya distancia no se puede aún determinar, jamás podrá exceder de 10.000. Por otra parte, según la Constitución, ningún territorio podrá ser elevado á Provincia antes de alcanzar el número de 60.000 habitantes, y Tierra del Fuego no encontrándose en tales condiciones, y no teniendo posibilidad de constituirse jamás en Provincia, cesa de tener razones para titularse gobernación.

Este territorio unido al de Santa Cruz, cuyos terrenos solo se pueden considerar como pastoriles y cuya gobernación no se encuentra en condiciones mucho más sonrientes, apenas si podría alcanzar alguna vez los requisitos de Provincia. Sería una medida administrativa provechosa y beneficiosa, fusionar ambas gobernaciones en una sola, operación que significaría una mejora en el personal de su administración que encontraría vasto campo para una actividad provechosa, á más de constituir una economía considerable para el erario, pues con el presupuesto de una sola gobernación, quedarían completamente atendidos los gastos administrativos de ambos territorios.

Desde Tierra del Fuego á Isla de los Estados, hay una distancia de 15 millas náuticas ó sean 5 leguas. Esta isla, trozo de sierra que parece haberse desprendido de la Cordillera, forma el último eslabón de los Andes. Su agreste aspecto, sus escotados y desnudos picos que alcanzan una altura de 900 metros, recuerdan el panorama del litoral Pacífico cuyos fenómenos meteorológicos y de geografía física, recapitula en pequeña escala. Las numerosas bahías que penetran en la isla, la separan en cuatro divisiones que, al no ser los istmos

que apenas cuentan algunos cientos de metros de ancho, formarían, no una sola, sino cuatro islas de dimensiones distintas.

Las bases de las montañas que la constituyen, se hallan densamente cubiertas por los mismos bosques, por la misma exuberante vegetación que caracteriza la parte Sud de Tierra del Fuego. Pero, aparte de la madera, que se presta para la explotación y la caza del lobo marino que ya cesó de ser remunerativa, ningún producto natural promete formar la base de algún principio de población.

En cambio la isla reúne todas las condiciones, responde á las exigencias más escrupulosas para hacer de ella un presidio natural, inmejorable. La isla de los Estados está llamada á ser tarde ó temprano el presidio de la República, porque para este fin ofrece todas las ventajas tanto morales como económicas. Allí no se precisan ni murallas ni fortificaciones; un solo buque de la armada sería ampliamente suficiente para hacer imposible toda tentativa de evasión. Abunda el material para las construcciones y el combustible es inagotable; las condiciones higiénicas son excelentes, y los presidiarios gozarían de relativa libertad, de la vida campestre, exentos de la atmósfera desmoralizadora de las penitenciarías y dedicados á un trabajo benéfico y productivo. Allí se podrían instalar fácil y económicamente, talleres de carpintería, fábricas de muebles, tornerías y tonelerías. En el istmo que separa el puerto Cook del Puerto Vancouver, se podría establecer un astillero para embarcaciones, y en todos los puertos del Norte de la isla, fábricas que transforma-

rían la abundante madera, en pasta de papel, industria que rinde excelentes resultados á la Noruega, donde las maderas, el pino blanco, son menos propias para esta industria, que el haya de la Isla de los Estados.

Una reserva de 20 leguas en Tierra del Fuego, produciría el ganado vacuno más que suficiente para proveer de carne fresca á los presidiarios, en condiciones mucho más económicas que en Buenos Aires, mientras las legumbres y especialmente las papas, se podrían cultivar en la misma Isla, donde los ensayos practicados al efecto por la sub-prefectura de San Juan, dieron satisfactorios resultados.

Con el establecimiento de un presidio en la Isla de los Estados, se obtendría, en fin, una considerable economía para el erario, y la valorización de miles de brazos improductivos que servirían para fomentar nuevas y provechosas industrias para el país.

Aun queda por mencionar un importante punto relacionado con aquella región: la navegación del Cabo de Hornos que hasta la fecha poco ha preocupado tanto á la ilustrada sociedad de esta República como á la de Chile.

¿Quien no ha oido hablar de los desastres náuticos que allí se suceden, con horrorosa regularidad? ¿Donde está el hombre que ha permanecido impassible ante los relatos de tragedias marítimas que toman origen en el grito dolorido que resuena lúgubrementemente en el escenario de las inmediaciones del Cabo de Hornos y cuyos sofocados gemidos penetran con repercusión conmovedora en los grandes centros de cultura y civilización? Allí las flotillas de buques que se dirigen al Pacífico, se encuen-

tran amenudo luchando durante meses, contra temporales y corrientes unidas; allí cientos de hombre intrépidos y arrojados, que forman lo más selecto de los obreros del género humano, encuentran cada año un fin aterrador, lleno de horrores y sufrimientos.

La mayor parte de estas tragedias se desenlazan en el silencio de los desiertos oceánicos; rara vez se registran en los órganos de publicidad.

Buque A, barco B, fragata C, salidos con fecha X, del puerto N, con rumbo al oceano Pacífico. No llegaron al puerto de su destino: perdidos en viaje. Esto es todo lo que reza la estadística naval. Si la tripulación se ahogó después de terribles sufrimientos, si perecieron de hambre en alguna isla desierta, si la agonía de la inanición los llevó hasta la antropofagia, se ignora, nadie lo sabe; lo único que despierta algun interés, lo que constituye la pregunta este-reotípica, es si el buque estaba ó no asegurado.

Los que constantemente navegan por aquellos mares, los que se dedican á la pesada tarea de la caza del lobo marino, ellos mismos sugetos á rudas pruebas y á increíbles penurias, se endurecen ante aquellos espectáculos de desolación, pasan ya impasibles, con el espíritu curtido por los peligros, ante los vestigios de los dramas marítimos que allí se desenvuelven. Los desastres como el del *Cambrian Duchess* ó del *Sea Toller*, que hace pocos meses llegaron á conocimiento del público de Buenos Aires, apenas si representan una ínfima proporción de los que allí se suceden cada año, que son tan frecuentes, tan comunes, que solo despiertan ma-

por interés cuando algun incidente tragi-cómico, viene á amenizar aquellos cuadros de miseria.

Aun no hace un año que un buque de grandes dimensiones fué á estrellarse en las costas de la isla Desolación, yéndose á pique con todo lo que contenía y solo un cierto número de cajas, con unas 25.000 velas estearinas, fueron arrojadas á la playa por las olas. Una pequeña cantidad de estas fué conducida por un buque lobero á Punta Arenas; pero cuando se disponían á recojer el resto, se encontraron frente á un fenómeno de los más curiosos; ante un rio de estearina que bajaba hacia la playa y que tomaba origen en una inmensa pirámide que los indios Alakalutes habían construido con los cajones de velas, poniéndola fuego para solaz y recreo de sus vandálicos instintos.

En otra ocasión, una bahía del sud de la Isla de los Estados, fué teatro de una escena no menos vandálica ni menos curiosa. Otro buque, también lobero, había encontrado varados en la playa una cantidad de pianofortes, averiados, á la vez que algunos cajones conteniendo grandes cirios, de los que se usan en las procesiones religiosas, motivo suficiente para que los tripulantes dieran rienda suelta á su buen humor, en una fantasía inaudita, diabólica, que resonaba con la violenta vibración de millones de acordes musicales, de cuerdas que reventaban y de cajas destrozadas á golpes de maza. A todo lo largo de la playa veíanse plantados por entre las piedras, cientos de cirios encendidos y humeantes y una legión de marineros desenfrenados que armados de troncos y de palos, ejecutaban á garrotazos, el más tremendo, el más frenético de los finales á

que jamás instrumento de música ha sido sugeto, produciendo una sinfonía infernal, cuyo colosal retumbo repetido por el eco de las montañas, penetraba en el silencio de las selvas, con tristísimos gemidos de infinita desolación.

Las costas de Tierra del Fuego se hallan cubiertas de lúgubres vestigios; de cascos y mástiles deshechos, de maderas destrozadas y fierros torcidos, testigos mudos de algún drama ignorado, de algún cuadro de terror, de algún grito de desesperación sofocado por las saladas aguas del Oceano.

De vez en cuando, un hallazgo fúnebre evoca en la imaginación un suceso infausto; un objeto encontrado en la playa dá cuenta de escenas aterradoras que hacen poner los pelos de punta á los hombres de sentimientos más endurecidos.

Reproduzco la siguiente relación hecha por un marino que hoy reside en Punta Arenas, el capitán Harry Michelsen. La doy á título de curiosidad, porque el espíritu humano se resiste á concebir todo lo aterrador que reasume en algunas palabras. En uno de los viajes loberos que efectuó hace algunos años á la Isla de los Estados, halló en sus playas un barril que contenía carne salada, que examinada detenidamente, resultó proceder de restos humanos..... horroroso producto de la desesperacion ¡era carne de hombre, en conserva!

¿ Habrá sido resultado de algún sorteo caníbal? El último recurso de náufragos que por largo tiempo esperaron la salvación por algun buque de paso? Nadie lo sabrá decir; pero lo que puede afirmarse con

seguridad, lo que está fuera de toda duda, es que un drama que tomó origen en la Corte de Austria, en el que coincidía la alta nobleza del protagonista con los novelescos antecedentes de un casamiento morganático, que llamó la atención de todos los hombres ilustrados del mundo, tuvo su trágico desenlace en las abruptas costas de la Isla Desolación, donde, según todos los indicios, fué á estallarse la Santa Margarita, templo flotante de una pasión amorosa. El archiduque Juan de Austria ó más bien Juan Orth y su adorada Milly Stubel con todos los tripulantes que los acompañaban, encontraron su trágico fin destrozados quizás por la innumerable fauna que pulula á lo largo de las costas fueguinas, ó sepultados en la playa, bajo las cenagosas arenas eternamente azotadas por las rompientes.

El capitán Goyet, comandante de la fragata francesa Almendral, de 1670 toneladas, perteneciente á la casa Bordes de Bordeaux, refiere que el 24 de Agosto del año próximo pasado, fué empujado por un temporal deshecho hacia los escollos del cabo Pillar, extremo Oeste del Estrecho de Magallanes. La fragata se hallaba ya en el recinto de las enormes rompientes que se estrellan contra las rocas circundantes; el viento soplaba furioso, colosales olas iban á estrellarse contra el puente del buque arrancando todo lo que se oponía á su paso. De un momento á otro podía chocar despedazándose contra los escollos que por todas partes le rodeaban, cuando por una circunstancia que el mismo capitán no se explica, encontróse arrastrado por una fuerte corriente hacia el interior del Estrecho, considerablemente averiado el buque, pero fuera ya de peligro. Detrás de él, en la

misma desesperada situación, pero algo más al Sud, frente á la isla Desolación, quedaban luchando contra los desencadenados elementos, cuatro buques más que seguramente perecieron, uno de los cuales respondía á la descripción del Santa Margarita.

Todos estos siniestros que se suceden con espantosa regularidad, pueden evitarse, salvando millares de vidas humanas, y tal vez convertirse en fuente de prosperidad para la región que hasta hoy continúa siendo teatro de estas escenas de desolación.

Es considerable el número de buques que anualmente se dirigen hacia el Pacífico, que representan enormes capitales y cuya tripulación total asciende á muchos miles de hombres, de los que una proporción pequeña pero constante encuentra su prematuro fin en las inmediaciones del Cabo de Hornos.

Todo el comercio que supone este incesante movimiento, se convertiría en beneficio para las regiones australes del continente americano, donde, solo en caso de siniestro ó en busca de auxilio, aparecen de vez en cuando las víctimas de algún desastre. La alta ilustración y los sentimientos humanitarios que distinguen á las Repúblicas Argentina y Chilena, podrían operar esta transformación que convertiría en fuente de riqueza considerable, sus dominios australes, fomentando una compañía de vapores que remolcarían á los buques de vela por el Estrecho, evitándoles el peligroso y siempre costoso paso del Cabo de Hornos. Toca especialmente al gobierno de Chile, interesado en la prosperidad del territorio de Magallanes, dar impulso á semejante empresa, que además de tener probabilidades de éxito comercial,

envolvería una de las obras más humanitarias, llevadas á cabo en el presente siglo.

Concluyo, Señores, reiterándome á las órdenes del Sr. Presidente y de los ilustrados socios del Instituto, dispuesto á ampliar todos los datos que acerca de Tierra del Fuego, he tenido el honor de exponer.

JULIO POPPER.

